

Capítulo primero

Hoy Georg von Wergenthin se sentó a la mesa solo. Su hermano mayor Felician prefirió, tras largo tiempo, comer con amigos. Pero Georg todavía no sentía especial interés por ver de nuevo a Ralph Skelton, conde de Schönstein, o a otros caballeros con los que en circunstancias normales habría conversado gustosamente. De momento no sentía ganas de ningún tipo de compañía.

El sirviente recogió la mesa y desapareció. Georg encendió un cigarrillo y siguiendo su costumbre comenzó a caminar de un lado a otro de la gran estancia de tres ventanas y techos no muy altos, y se sorprendía de cómo la misma habitación que durante muchas semanas le había parecido sombría iba poco a poco recuperando su antiguo y acogedor aspecto. Instintivamente posó su mirada en el sillón vacío situado al final de la mesa por encima del que, a través de la ventana del medio, entraba el sol de septiembre, y por un momento sintió como si hubiera visto a su padre hacía una hora ahí sentado, siendo así que había muerto hacía dos meses; incluso el más pequeño gesto aparecía claramente ante sus ojos, desde su manera de apartar la

taza de café hasta la forma de colocarse el binóculo y hojear un folleto.

Georg pensaba en una de sus últimas conversaciones con su padre que tuvo lugar al final de la primavera, poco antes del traslado a la villa en el lago Veldes. Georg acababa de llegar de Sicilia, donde había pasado el mes de abril con Grace después de un viaje de despedida melancólico y un poco aburrido, antes del definitivo regreso de su amante a América. Llevaba medio año o más sin trabajar seriamente; ni siquiera había puesto por escrito el melancólico adagio que las olas le habían murmurado en Palermo, en una agitada mañana durante un paseo por la orilla del mar. Aquel día interpretó para su padre esa composición improvisando con exagerada riqueza de armonías que no hacían sino apagar la sencilla melodía y justo cuando se dejaba llevar por una variación trepidante, su padre le preguntó riendo desde el otro extremo del piano de cola: «¿Adónde vas, adónde vas?». Georg, avergonzado, interrumpió el aluvión de notas. Entonces su padre, cariñoso como siempre pero sin el tono ligero de otras veces, comenzó una conversación sobre su futuro que, pensándolo hoy, parecía que ya intuyera la gravedad de los acontecimientos.

Se asomó a la ventana y miró hacia fuera. El parque estaba casi vacío. En un banco había una señora sentada con una anticuada mantilla de lentejuelas negras. Una niñera paseaba al lado con un muchacho de la mano; otro, muy pequeño, iba por delante vestido con un uniforme húsar, un sable cruzado y una pistola en el cinto, caminaba orgulloso mirando a su alrededor y saludó a un minusválido que venía fumando por el camino. Más allá, alrededor del quiosco, había algunas personas sentadas tomando café y leyendo el periódico. El follaje era todavía bastante espeso y el parque ofrecía un aspecto sofocante, lleno de polvo y con un ambiente demasiado veraniego para finales de septiembre.

Georg se apoyó en la ventana y se inclinó observando el cielo. Desde la muerte de su padre no había salido de

Viena, a pesar de las muchas posibilidades que se le ofrecieron. Podría haber ido a la finca de Schönstein con Felician; la señora Ehrenberg le había invitado en una carta muy amable a Auhof; una excursión en bicicleta entre Carintia y el Tirol que había planeado hace tiempo, para la que, si bien no hubiera ido solo, habría fácilmente encontrado una compañera. Pero prefirió permanecer en Viena y pasar el tiempo hojeando viejos papeles y documentos familiares. Encontró recuerdos de su bisabuelo, Anastasius von Wergenthin, natural de los alrededores del Rhin, que llegó a poseer en Bolzano, gracias a su matrimonio con la señorita Recco, un pequeño castillo antiguo y deshabitado desde hacía tiempo. También había documentos sobre la historia del abuelo de Georg, un coronel de artillería abatido en Chlum en el año 1866. Su hijo, el padre de Felician y Georg, se había dedicado a los estudios científicos, principalmente de botánica, y había cursado un doctorado en filosofía en Innsbruck. Con veinticuatro años, conoció a una joven muchacha de una antigua familia de funcionarios austriacos que posiblemente había estudiado canto más que por vocación, para huir de las condiciones casi de pobreza de su familia. El barón von Wergenthin la vio y la escuchó por primera vez un invierno en un concierto de Missa Solemnis y ya en mayo se convirtió en su esposa. A los dos años de casados nació Felician y al tercero, Georg. Tres años después, la baronesa empezó a enfermar y los médicos la enviaron al sur. Como la cura tardaba en llegar, se cerró la casa de Viena y el barón y los suyos comenzaron una vida nómada de hotel en hotel durante muchos años. A él los negocios y algunos estudios le obligaban a viajar de vez en cuando a Viena, pero los hijos nunca dejaron a su madre. Vivieron en Sicilia, Roma, Túnez, Corfú, Atenas, Malta, Merano, en la Riviera y por último en Florencia. Aunque no vivían a lo grande, sí lo hacían conforme a su nivel social, hecho que no les permitía economizar lo suficiente, por lo que buena parte de la fortuna familiar se fue consumiendo paulatinamente.